



## El Grinch tenía razón

¿Cómo es posible que esta mañana nadie hable del gran temor que tuvimos anoche? ¿Es algo que todos escondemos de los demás por consentimiento mutuo?

Don De Lillo

**M**e despertó un ruido similar a un balazo. Trastabillé para salir de la cama, caí sobre mis rodillas adoloridas, me paré como pude, me puse la bata y corrí hacia la ventana. ¿Vería un escuadrón de policías irrumpiendo en la casa de mi vecino o a un psicópata disparando al aire? Nada de eso. En la entrada había un auto que hacía un ruido infernal mientras el conductor lanzaba nuestro periódico a un árbol. Tropecé al salir de la puerta con la esperanza de que nadie notara mi adormilado rostro y mis piernas pálidas y delgadas. Luego eché un vistazo a los encabezados del diario: problemas económicos, terrorismo, pleitos entre políticos y un escándalo sexual. Rápidamente busqué la sección deportiva.

Luego regresé a casa y subí las escaleras al ritmo de la música de mis hijas. Quizá el ruido del auto también las despertó. Después de bañarme, afeitarme y desayunar, hice mi ‘devocional’ de diez minutos, incluyendo veinte segundos de oración de ‘alta calidad’. Luego revisé mi correo electrónico, hice una llamada de negocios

en la que tuve que esperar para ser atendido, jugué solitario en mi computadora para pasar el tiempo, volví a revisar el correo, escuché la campanada del horno microondas, saqué mi café ‘recalentado’, revisé una vez más mi correo, colgué el teléfono, le di un beso a mi esposa, entré en mi auto y me dirigí a una tienda.

Al manejar por las calles serpenteantes, los locutores me decían en la radio que comprara un boleto de lotería, que debía adquirir llantas con descuento y que llamara a la emisora para ganar una entrada gratis al cine. En la tienda, tomé un paquete de comida ‘casera’, esperé con impaciencia en la larga fila para pagar, escuché los ‘beeps’ de la caja al pasar los artículos, leí los encabezados escandalosos de las revistas amarillistas, escuché música que salía de los audífonos de la persona frente a mí... etc., etc., etc.

Ruido, ruido, ruido, ruido por todos lados.

Muchos podríamos decir que el Grinch del Dr. Seuss tenía razón. Todo aquel que vive en Whoville canta para atraer nuestra atención y dinero; eso nos hace sentir molestos. Amenazamos, desde nuestras cuevas, con desconectarnos de una vez y para siempre... entonces le subimos el volumen a nuestra canción de rock favorita y el mundo está bien otra vez.

## Nuestra cacofonía diaria

En nuestros tiempos no podemos escapar del ruido, éste va mucho más allá de los sonidos o las palabras. *El ruido es todo aquello que reclama nuestra atención.* Por supuesto, existe el ruido físico, tal como el murmullo de las calles o el incesante maullar de mi viejo gato. Pero también escuchamos otros sonidos; voces que nos dicen cómo vivir y qué es lo verdaderamente importante en la vida.

Los ruidos no son malos. Podemos controlar e ignorar algunos, pero otros no. Muchos nos vuelven locos y algunos se meten en nuestras cabezas de tal modo que dirigen nuestras acciones.

**Ruido físico.** No necesitamos convencer a nuestros oídos de

que este mundo es ruidoso. Escuchamos los automóviles, tre-

nes y aviones; lavadoras, aspiradoras y ventiladores; gritos de los niños, etc. Recientemente asistí a un juego de fútbol americano, en el cual el sistema de sonido era ensordecedor cada vez que las acciones se detenían: anuncios, comerciales y música estridente que imposibilitaba todo tipo de conversación. ¡No se disfrutaba un minuto de silencio!

También existe el ruido o contaminación visual que no entra por los oídos sino por los ojos. Vivimos en un mundo saturado de imágenes, un mundo que nos grita visualmente. Desde la TV, el Internet, las películas y las revistas, el bombardeo de imágenes nos ataca a una velocidad tal que es imposible procesarla racionalmente. Todo ello nos motiva a exagerar el valor fotográfico de la belleza, la composición artística, la moda, la violencia y las novedades.

Todd Gitlin describe qué implica vivir en un flujo constante de imágenes. Él dice que cuando estamos viéndolas “algo se *siente* uniforme, un ritmo incansable, un patrón de interrupción, una presión hacia la futilidad, una disposición para las sensaciones, una anticipación de las cosas nuevas”. No podemos evitar sentirnos atraídos por la vivacidad de las imágenes su belleza y estímulo—, al punto que nuestros deseos por ellas pueden convertirse en adicciones y estas últimas de una u otra forma nos llevan a una experiencia superficial y sin conexión. Muchas veces revoloteamos y tratamos la vida como una serie de fotografías sin conexión. A veces las imágenes nos asombran, otras veces nos aburren. Podríamos cerrar nuestros ojos para sentir alivio, pero no por mucho tiempo.

**Ruido cultural.** El mundo contemporáneo envía miles de mensajes al día. Desde “tenga el cuerpo que siempre ha deseado” hasta “no se pierda el baño de sangre de esta emocionante película”. Nuestra sociedad orientada hacia el lujo nos dice todo el tiempo que debemos hacer lo que sea para llegar a ser bellos, ricos, jóvenes y famosos y además mantenernos así. Todo esto requiere *más*: ser más sexy, comprar más cosas, lucir más joven y buscar más popularidad. Todas esas cosas están disponibles en el mercado, lo cual resulta muy conveniente.

Otro mensaje ruidoso es aquel que dice que la libertad de decidir es un valor de importancia suprema. Todo se centra en tener una apariencia envidiable y la mayor cantidad de riquezas porque así podremos hacer todo lo que nos venga en gana, al igual que las celebridades. Escoja las vacaciones de sus sueños. Elija el sistema moral que le convenga. Según nuestra cultura, la libertad es importante porque con ella podemos divertirnos más y más. Si la diversión es el propósito de la vida, deberíamos tener diversión *extrema*. ¡Esquiar en la nieve y saltar de un precipicio! ¡Rentar un auto deportivo y conducirlo a altas velocidades! ¡Hacer el amor por diez horas sin parar! ¡Por qué tener diversión ordinaria si podemos experimentar una experiencia épica?

Nuestra cultura también nos dice: ‘cuanto más rápido, mejor’. Con impaciencia le gritamos al microondas: “Apúrate”. O levantamos las manos con frustración cuando la computadora toma más tiempo del debido para terminar algo. Lo que más me enoja al manejar es el clásico conductor que sin importarle cuánto tráfico haya, rebasa por la derecha para meterse justo frente a mí. “¡Felicidades!” le grito. “Ahora vas a llegar a tu destino ¡un segundo antes!” Cuanto más rápido vayamos, más borrosa se vuelve nuestra visión periférica. En su libro *Alabanza de la Lentitud*, Carl Honoré nos dice: “en vez de hacer todo más rápido, hágalo todo a la velocidad adecuada”. ¿Qué nos estamos perdiendo? ¿Debemos bajar la velocidad si queremos responder esta pregunta!

Es curioso pensar que aunque tratamos de vivir con la idea de que todo lo que importa es el *ahora*, también se nos dice que nada importa *en realidad*. No existe una verdad segura, no hay una realidad que trascienda. Puesto que todo se trata de opiniones y sentimientos, lo mejor que podemos hacer es hallar algo de placer *ahora*; alguna distracción a nuestros problemas. Quizá podemos hacer una diferencia aquí y allá, pero la mayoría del tiempo luchamos con la paradoja de escuchar el *ruido de todo* y el *ruido de nada*. Estamos sobrecogidos por los estímulos, pero a menudo quedamos sintiéndonos vacíos.

**Ruido emocional.** Nuestra memoria puede recordarnos —más de lo que quisieramos— eventos que desearíamos jamás hubie-

ran ocurrido. Abuso sexual, errores de la paternidad, alejamiento de amigos, etc. Casi todos escuchamos voces que nos acusan y nos dicen que no somos lo suficientemente buenos. Asistí a una escuela de verano ‘acelerada’ después del sexto grado. La *Srta. R* era mi maestra —una gran científica—; un día me tomó aparte y me dijo: “Greg, no creo que tú debas estar aquí”. Mis aptitudes no se relacionaban con la ciencia, así que quizás tenía razón, pero sus palabras daban vueltas en mi cabeza, haciendo que yo sintiera que no pertenecía a ese lugar, que era intelectualmente inferior y para colmo de males me sentí como un alumno promedio. Todos escuchamos voces de nuestro pasado, voces que nos dicen que somos deficientes y que jamás lograremos algo que valga la pena.

Algunos ruidos nos llevan a tener dudas persistentes o desánimo. Jamás olvidaré el día en que sonó el teléfono y escuché las palabras “Joe acaba de morir”. Era un buen amigo mío, líder de la iglesia, un hombre de familia extraordinario y se había suicidado. Quedé impactado; sentí mi corazón destrozado y lleno de culpa. ¿Cómo pudo pasar algo así? ¿cómo pudo dejar a su familia, amigos, la vida misma, todo por un problema financiero? Por mucho esfuerzo que haga no puedo explicar las complejidades que llevaron a aquel hombre al colapso. Su muerte me ha afectado hasta el día de hoy.

También escuchamos preguntas ruidosas y quejumbrosas acerca del futuro. ¿Podré conseguir un buen trabajo y no perderlo? ¿Mecasaré, tendré hijos, los criaré bien? ¿Podré realizar mis sueños? ¿Podré cumplir los sueños de mis padres? ¿La tierra va a sobrevivir o vamos a sobrevivir nosotros a todo lo que le está sucediendo al planeta? ¿Alguien me amará de verdad? ¿Llegaré a conocer a Dios y permaneceré fiel a Él? ¿Qué sucederá si no mejoro lo que soy ahora? ¿Qué pasará cuando yo muera? En ocasiones ignoramos estas preguntas, a veces las enfrentamos muy bien, pero si no las analizamos nuestro espíritu se puede contristar y se obstaculizará nuestro crecimiento. Ellas pueden dañar nuestra capacidad de escuchar la voz de Dios.

## Los ruidos ensordecedores y la sordera

Según Oliver Sacks en *Voces que ven*, los sordos que no aprenden el lenguaje de señas viven en un mundo muy pequeño, el mundo del presente, el que está frente a sus ojos de forma concreta. Sin un idioma, los sordos no tienen manera de conceptualizar, meditar y reflexionar sus decisiones. Están atados a lo inmediato. ¿Le suena conocido? Cuando el ruido nos sobrecoge, nos *movemos* de una emergencia a otra. Nos desplazamos al mundo superficial de nuestra preferencia y nos adentramos en él a tal punto que llegamos a considerar como personas extrañas y fuera de la realidad a aquellos a quienes no les importa la cultura del consumo.

Por ejemplo, pensemos en Jesús. Nos asombra que le haya ordenado a un leproso que no le contara a nadie acerca de su sanidad (Marcos 1:44) y nos desconcierta su silencio cuando Pilato le preguntó “¿de dónde eres tú?” (Juan 19:9). Pareciera que al Señor no le interesaban las buenas relaciones públicas. Quizás su decisión era consistente con el carácter divino. 1 Reyes 19:11-12 nos habla algo acerca de la forma en que los caminos de Dios son diferentes a los nuestros.

*Él le dijo: Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado.*

Si nuestros cultos en la iglesia muestran en cierta medida nuestros deseos, pareciera que preferimos a un Dios que se encuentra en un grande y poderoso viento, o en un terremoto, o en el fuego y no a uno que se halla en un ambiente apacible y silencioso. Queremos a una deidad que se muestre con poder y ‘efectos especiales’, un Dios que sea tan llamativo como nuestra cultura. En caso contrario, nos aburriríamos.

***Lo primero que pierden los sordos.*** Cuando nuestras hijas eran adolescentes, en ocasiones discutíamos acerca de lo que veían en los medios de comunicación. No siempre nos fue muy bien. Con mucha frecuencia recurriamos al clásico comentario: “Soy más sabio que tú” y recibíamos como respuesta un: “Eres demasiado viejo para saber lo que es bueno para mí”. Durante uno de aquellos debates escuchamos este argumento: “Mira, el hecho de que haya escenas de sexo en una película no significa que voy a salir a tener relaciones con cualquiera todas las noches!”.

Por supuesto, literalmente nuestra hija estaba en lo correcto. Y esto me dejó pensando. Aunque con frecuencia imitamos descaradamente el contenido depravado de los medios de comunicación, quizá también ponemos demasiado énfasis en ellos; esto es algo entendible ya que generalmente notamos las cosas más escandalosas y llamativas. Pero ¿qué sucede con el otro lado del espectro electromagnético, es decir, los comportamientos más tranquilos y menos notorios? ¿Podría ser que las vulgaridades culturales y llamativas crean tal distracción que nos perdemos de aquello que sucede en el lado más apacible de las cosas? He aquí una realidad simple pero que difícilmente se toma en cuenta: es fácil no escuchar lo que queda ahogado por el ruido. Nuestro mayor problema tal vez no sea el de imitar cada vez más el comportamiento inmoral, sino la pérdida sutil y callada de las cualidades apacibles del carácter. El ruido de la cultura abruma los aspectos menos llamativos de la vida, incluyendo aquellos a las que llamo las *virtudes silenciosas*: discernimiento, inocencia, autenticidad, modestia, reverencia, contentamiento y generosidad. Puesto que tendemos a ignorar esas virtudes tan importantes, quisiera subir el volumen para que podamos escuchar lo que tienen que enseñarnos.

***Sordos, entendamos el lenguaje de señas de la virtud.*** Si nos estamos haciendo sordos ante esas cosas tan buenas, quizás al igual que los sordos físicos necesitamos aprender un nuevo idioma, el *idioma de la virtud*, que es una forma de hablar que nos ayudará a encontrar un camino en nuestra existencia desordenada y en el ruido que la acompaña. Pero existe un problema con la palabra *virtud*. Para muchos no viene incluida en su ‘maleta’, pues

el botones del hotel trae su carrito de equipaje hasta el tope y no cabe en el elevador. Cuando estamos frente al ascensor vemos que ya no cabe nada más y preferimos usar las escaleras. Para algunas personas la virtud suena como algo viejo y anticuado, algo que solo tienen los ancianos, algo en lo que solamente los griegos, los romanos y los monjes se ocupaban, es decir, todas aquellas personas que no podrían sobrevivir en nuestra cultura ni un solo día. Pero la virtud todavía es, como espero demostrarlo, algo relevante, necesario y muy práctico.

Quizás una comparación contemporánea nos ayudará. Mi deporte favorito es el tenis y éste provee muchos paralelismos con la vida virtuosa. La cancha tiene límites. La mayoría del tiempo tengo como meta pegarle a la pelota tan fuerte como pueda y aun así mantenerla dentro de la cancha. No es fácil. Cuanto más fuerte le pegue, más probabilidades habrá de que se salga de la línea. Esto se asemeja a vivir la vida virtuosa. Es vivir tratando —con todo nuestro vigor— de mantener nuestras decisiones dentro de los límites adecuados. A veces cometemos errores y la pelota se estrella contra la red o se sale de la cancha. Así que volvemos a tomar la pequeña bola y probamos de nuevo. Cuanto más nos concentremos, practiquemos y nos disciplinemos, las cosas saldrán mucho mejor.

Vivir de la manera en que el Señor Jesús nos pide, es decir, en rectitud y virtuosamente en fe, involucra aprender de nuestros errores, pero también olvidarlos para no permitir que nos sigan afectando, lastimando o influenciando de forma negativa al dar el siguiente paso. Para los que somos deportistas, músicos o seguidores de Jesús, la vida no se trata de ser perfectos; espero que usted pueda apreciar las virtudes de esta manera, no como un juego, sino como decisiones en la vida que son buenas para nosotros y una parte vital dentro de todo lo que Dios quiere que seamos.

Una de las metas al practicar todas las virtudes es obtener mayor libertad. El apóstol Pablo dijo en Gálatas 5:1: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres”. Practico el tenis y soy libre para pegarle a la pelota como mejor me parezca. Practicar la virtud silenciosa debe llevarnos a disfrutar una mayor

libertad, no a un camino de perfeccionismo consumido por las nimiedades morales. Por ejemplo, si practico la virtud del contentamiento podré ser libre de vivir atado a las alegrías pasajeras que me brinda este mundo. Si vivo con autenticidad podré ser libre para hablar la verdad incluso cuando ésta sea dura.

## Qué son y qué no son las *Virtudes Silenciosas*

Así como la palabra *virtud* tiene sus fortalezas y debilidades, lo mismo sucede con la palabra *silenciosa*. Ésta podría evocar imágenes de seres debiluchos que le temen a la oscuridad o de bibliotecarios obsesionados con el silencio. Pero en realidad las virtudes silenciosas son fuertes e intrépidas.

Una de las razones por las que son resistentes es porque las virtudes silenciosas son retoños que provienen de las virtudes ‘*tradicionales*’. Me gusta llamar a éstas las virtudes ‘padres’ y a las silenciosas, ‘hijas’. Las primeras son las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, además de las virtudes cristianas: fe, esperanza y amor. Así que, el discernimiento es hijo de la prudencia, la inocencia de la justicia, la autenticidad de la fortaleza, la modestia de la templanza, la reverencia de la fe, el contentamiento de la esperanza y la generosidad del amor. Quizá este punto de vista acerca de una *familia de virtudes* despierte en usted el deseo de practicar las virtudes silenciosas. Además, estas últimas no están necesariamente *calladas*, y ciertamente tampoco son tímidas. Aunque en ocasiones se pierden en el ruido de nuestra cultura, las virtudes silenciosas pueden hacer un verdadero escándalo. En ocasiones, la autenticidad (hija de la fortaleza) requiere de una intensidad atrevida. La reverencia (hija de la fe) algunas veces va acompañada de una fuerte reacción frente a la blasfemia.

Las virtudes silenciosas tampoco son aburridas. G. K. Chesterton nos recuerda que vivir una vida de fe significa: “dar lugar a las buenas cosas para que sobreabunden”. Debemos ser aventureros sin temor y no malabaristas que caminan en la cuerda floja llenos de miedo. El Señor Jesús ejerció las virtudes y esto requirió de acalorados debates con los líderes religiosos de la época,

además de dramáticos tiempos de oración en el desierto; así que nuestra aplicación de las virtudes no debe ser aburrida.

Una de las principales características de este libro, al abordar las virtudes, es que busca la definición de cada una de ellas, todo con el fin de estimular en nosotros una nueva forma de pensar. He tratado de presentar dichas definiciones por la puerta lateral, utilizando un lenguaje y perspectivas que no son tradicionales. A lo largo del camino se presentarán docenas (y en ocasiones cientos) de definiciones, las cuales se *refinarán* y se volverán a plantear. Espero que lo anterior le lleve a tener un concepto renovado de las virtudes silenciosas, estimulado en parte por las preguntas incluidas en la sección ‘Para discutir o reflexionar’, que se incluye al final de cada capítulo. Algunas veces he sido crítico o sugerente en vez de exhaustivo, sin embargo, y a pesar de esta limitación, anhelo que todo cuanto usted lea en este libro lo llame a la oración y al autoexamen.

Escuchemos con atención el silbo apacible de Dios.

### Para discutir o reflexionar

1. A la luz de los ejemplos presentados en este capítulo, ¿cuál es el *ruido* que más demanda su atención?
2. ¿Hasta qué punto el ruido físico lo ha hecho a usted una persona ‘superficial y *sin conexión*’?
3. ¿A qué ruido cultural le presta mayor atención y por qué? ¿A su autoimagen, la libertad para divertirse o a la paradoja del todo y nada?
4. ¿Qué voces *emocionales* del pasado y el futuro le hablan más fuerte?
5. Analice 1 Reyes 19:11-12. ¿Por qué Dios en algunas ocasiones habla fuerte y en otras de manera suave? ¿En que momento cobra usted conciencia de lo sobrenatural? De acuerdo a lo leído ¿Cómo puede usted relacionar los ruidos que ensordecen y la sordera?

6. ¿Cuál es su reacción inicial ante la idea de las ‘virtudes silenciosas’? Si usted sabe que las necesita, ¿cuánta atención les está prestando?

## Ejercicio

Durante veinticuatro horas escriba toda exposición que usted tenga a los medios masivos de comunicación. Registre —cada hora— los diferentes medios y tecnologías que existen en la actualidad (TV, Internet, teléfono celular, mensajes de texto, revistas, películas, etc.) y luego escriba su respuesta o reflexión sobre las cosas a las que se expuso en ese momento.

Durante las siguientes veinticuatro horas, absténgase de cualquier forma de medio masivo de comunicación. No utilice el teléfono, no revise su correo electrónico, no vaya al cine, no vea ni un solo anuncio comercial. Escriba lo que hizo cada hora durante ese día y lo que siente al resistirse o abstenerse de escuchar y ver los medios de comunicación.

1. ¿Qué le dice este ejercicio respecto a su involucramiento en un *mundo ruidoso*? ¿Pensó que ‘moriría’ el día que no tuvo contacto con los medios?
2. ¿Hasta qué grado podría describir su involucramiento con los medios como una *adicción* o *dependencia*? ¿Qué hábitos le gustaría romper, mantener o iniciar?